



## AVISO LEGAL

Capítulo de libro: Bolsonarismo y despolítica: la despolitización del debate público en el fascismo brasileño

Autor del capítulo: Madureira, Miriam

Título del libro: *(Des) Brasil: del desvarío bolsonarista a los desafíos de la reconstrucción*

Autores del libro: Madureira, Miriam; Cavalcante, Cristina; Penido, Ana; Saint-Pierre, Héctor Luis; Meireles, Monika; Granato, Leonardo; Crespo, Regina; de Oliveira Benedito, Fabiana; Ramírez Kuri, Georgette; Granato, Leonardo; Teixeira da Silva, Luis Gustavo; Esteban, María Teresa; Rech, Moisés J.; Imai Cenamo, Tamy.

Colaboradores del libro: Crespo, Regina; Madureira, Miriam Mesquita Sampaio de; Meireles, Monika; Ramírez Kuri, Georgette (coordinadoras).

ISBN del libro: 978-607-30-9164-0

DOI del libro: <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073091640e.2024>

Forma sugerida de citar: Madureira, M. (2024). Bolsonarismo y despolítica: la despolitización del debate público en el fascismo brasileño. En R. Crespo, M. Meireles, y G. Ramírez (coords.). *(Des) Brasil: del desvarío bolsonarista a los desafíos de la reconstrucción* (30-52). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 2024 Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.  
<https://cialc.unam.mx>  
Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

**PRIMERA PARTE**  
**DESMONTE DE LA POLÍTICA**  
**Y ASCENSO MILITAR**

## BOLSONARISMO Y DESPOLÍTICA: la despolitización del debate público en el fascismo brasileño

*Miriam Madureira*

Tal vez sea la política la dimensión en la que más claramente se muestra la destrucción causada por el gobierno de Bolsonaro. Sus cuatro años de desgobierno, sumados a dos más desde el proceso de destitución golpista de Dilma Rousseff y del crecimiento de la operación Lava Jato, significaron para Brasil en primer lugar una impresionante regresión no sólo en el Estado de derecho democrático, sino también en principios básicos de justicia y de civilidad. La apariencia poco creíble que tenía dentro y fuera de Brasil la elección de un oscuro parlamentario que, durante casi treinta años en el Congreso, siempre había expuesto abiertamente su espíritu antidemocrático y su poco aprecio por la legalidad vigente, se mostró un equívoco: en 2018, Jair Messias Bolsonaro, exmilitar expulsado del ejército por indisciplina, sexista, racista y apologeta de la tortura, fue electo presidente de Brasil, con los resultados que se conocen. Autoritarismo, militarización de las instituciones, ruptura de reglas elementales al debido proceso legal para enemigos políticos, complacencia y privilegios para los amigos, peque-

ños y grandes intentos cotidianos de interferencia en las instituciones, incluso con algunos intentos fallidos de golpe de Estado, culminando con el del 8 de enero de 2023: en estos años hubo de todo. El resultado de ello fue el retroceso en todas las áreas de la sociedad —de la educación y la ciencia a la cultura, de la salud a los derechos humanos, de la protección de la Amazonia a la política exterior—.

Las causas internas y externas de la elección de Bolsonaro como presidente y su improbable manutención en el poder —luego de que se explicitaron, además, su extrema incompetencia para el cargo que ocupaba y su desinterés por la cosa pública— son numerosas y se tendrán que seguir investigando para evitar que algo semejante se repita.<sup>1</sup> En el ámbito más directamente relacionado con la política, sus consecuencias más graves son las más evidentes: aquellas que se refieren a la corrosión del Estado de derecho democrático y de sus instituciones. En lo que sigue no trataremos esos aspectos del gobierno de Bolsonaro.<sup>2</sup> Y es que es posible que haya otro ámbito de la destrucción perpetrada en esos años en el campo de la política que sería relevante resaltar: tanto el gobierno de Bolsonaro como el crecimiento de movimientos de derecha cercanos al bolsonarismo y sus variaciones correspondieron también a una reducción, por lo menos en lo superficial, de la política a su mínimo, si no es que a su negación y a una despolitización del debate público en diferentes sentidos. En lugar de discutir, bien o mal, proyectos de sociedad, el noticiario político pasó a componerse, sobre todo desde la elección de 2018, de escándalos vulgares, eventos dudosos, oscurantismo, brutalidad y propuestas abstrusas que poco tenían

<sup>1</sup> Sobre los antecedentes de la elección de Bolsonaro desde los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT), véanse los análisis de André Singer, en especial sobre los gobiernos del PT y el golpe en contra de Dilma Rousseff (Singer, 2012 y 2018; Singery Loureiro, 2016; y Nobre, 2022).

<sup>2</sup> Para esos y otros aspectos de la destrucción bolsonarista, véanse los demás capítulos de la presente obra.

de político, sin que la oposición pudiera hacer mucho más que reaccionar a cada paso, en un esfuerzo de reducción de daños.

Se podría decir que con Bolsonaro la política se redujo: de un lado, a la *politicagem* —es decir, a la baja política— de los intereses mezquinos y, de otro, a la celebración de una multiplicidad de eventos asociados con lo moral —entendido éste desde la etimología de la palabra como aquello que tiene que ver con las costumbres o con una forma de vida— o a lo cultural —en el sentido de creencias y visiones de mundo arraigadas en la cultura—; todo ello basado en un tipo de confrontación, cuyo objetivo parecía ser mantener movilizados a sus seguidores en un espectáculo permanente de mal gusto presentado cotidianamente por el jefe de gobierno.

Es a esta despolitización del debate público operada por el bolsonarismo —la *despolítica* que marcó su gobierno— a lo que pretendemos dedicarnos en lo que sigue. Tanto la espectacularización característica del gobierno de Bolsonaro como su limitación a intereses puntuales, o el peso dado por sus seguidores a cuestiones pretendidamente morales y los conflictos generados a partir de ellas, se pueden ver como señales de una corrosión de la misma política que permite —posiblemente más que otras características suyas— aproximar su gobierno a formas del fascismo. Por otro lado, también la reducción, en la crítica, del bolsonarismo a estos aspectos suyos reproduce la misma lógica despolitizante, en la medida en que obstruye la imprescindible profundización de la investigación de sus causas, más allá de lo moral y lo cultural.

A partir de una definición de la política como espacio de debate de proyectos e intereses colectivos, en este texto se indicarán tres dimensiones que permitirían ver en el bolsonarismo la destrucción de la política —su reducción a una despolítica— al menos en el sentido que tiene la política usualmente en la modernidad: *I*) la política como su negación, o defensa personalista de intereses particulares mezquinos; *II*) como espectáculo de confrontación moral; *III*) como conflicto existencial amigo/enemigo; y en seguida concluiremos con algunas re-

flexiones críticas acerca de la despolítica bolsonarista (IV). Todo ello lo haremos a partir de un intento de conceptualización desde la filosofía, con base en hechos conocidos de la realidad política fácilmente comprobables, pero sin recurso directo a las ciencias sociales empíricas —lo que confiere a las presentes reflexiones un carácter algo especulativo, por comprobarse (o no) en investigaciones futuras—.<sup>3</sup>

### LA POLÍTICA COMO SU NEGACIÓN, O COMO DEFENSA PERSONALISTA DE INTERESES PARTICULARES MEZQUINOS

Afirmar que hubo una despolitización del debate público en el contexto del gobierno de Bolsonaro parecería suponer la existencia previa de un espacio público en Brasil de una refinada discusión política, basada en argumentos racionales acerca de la cosa pública. Primero empecemos por una definición mínima de política: para los griegos, la política estaba directamente vinculada a la ética y era una dimensión esencial de la vida humana. Según Aristóteles, la vida política por virtud (y no por la búsqueda de honor u otras ventajas), es decir, el ejercicio de la excelencia humana en el espacio público es, al lado de la vida contemplativa de la teoría, una de las dos formas de alcanzar la felicidad, porque el ser humano es un animal por definición *político*, además de racional (Aristóteles, 1985 y 1988). En la modernidad, se entiende la política —en una versión republicana— como un espacio de acción colectiva y de búsqueda de entendimientos acerca de proyectos del buen vivir en común, o —en una versión liberal— de embate de intereses con vistas a posibles compromisos colectivos. En ambos casos se trata de buscar una perspectiva colectiva, ya sea como un proyecto común

<sup>3</sup> Nos abstendremos de indicar las referencias de cada una de las afirmaciones hechas aquí acerca del bolsonarismo, ya que, de lo contrario, éstas se multiplicarían excesivamente.

del bien público, ya sea como suma o compromiso entre intereses individuales, o una mezcla de las dos versiones.

Está claro que lo que había antes del bolsonarismo en términos de un debate político en Brasil tenía sus limitaciones: no siempre estuvieron en discusión proyectos colectivos de vida en común, ni mucho menos. El peso que, ya desde mucho antes de los abusos de la operación Lava Jato, se dio durante las elecciones a temas como la corrupción tuvo siempre un carácter despolitizante, en la medida en que con ese tipo de temas se transformó lo que debió ser un presupuesto de la política en su problema central. Pero lo que se vio en los últimos años superó en mucho el nivel más bajo al que había llegado el debate público en las décadas pasadas. Si las elecciones anteriores, por lo menos desde la llamada Nueva República —el periodo posterior al derrocamiento del régimen militar (1964-1985)—, estuvieron casi siempre polarizadas en una confrontación relativamente racional entre un Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) crecientemente neoliberal y la propuesta popular del Partido de los Trabajadores (PT), de repente el noticiario político se vio invadido por una avalancha de horrores.

En primer lugar, la elección de Bolsonaro se basó en la manipulación de *fake news* difundidas por las redes sociales y en puestas en escena grotescas, empezando por el inverosímil atentado que el entonces candidato habría sufrido poco antes de la elección de 2018. A éstas se sumaron durante su gobierno una multiplicidad de vulgaridades y distorsiones, como las bromas obscenas del presidente en eventos públicos o la promoción de teorías de la conspiración y de mentiras anticientíficas, difundidas por él mismo y sus apoyadores y reflejadas en su criminal acción durante la pandemia de la covid-19. Todo ello debidamente transformado en espectáculo durante sus *lives* semanales y difundido a través de sus redes sociales, manejadas por sus hijos, con el apoyo de robots y de los medios de comunicación.

La lista de absurdos a los que se vio reducido el debate público en el gobierno de Bolsonaro es amplia; sin embargo, no se trata aquí de

hacer un panorama completo del espectáculo macabro en que se convirtió, interna y externamente, el país durante esos interminables años, sino de entender en qué medida ello se podría interpretar como una *despolitización*, es decir, como una reducción de la política a su mínimo o su negación.

La negación de la política es indudablemente la violencia. Su crecimiento en los últimos años, concreta y virtualmente, fue notorio: no sólo en la agresividad de la policía y de las fuerzas armadas y en la brutalidad de las manifestaciones públicas bolsonaristas, o en ataques racistas y de intolerancia religiosa, sexual o de género —incluyendo, ya poco después del término de su gobierno, a inicios de 2023, el asesinato de niños en escuelas—, sino también en discusiones públicas y privadas, incluso familiares, no necesariamente limitadas a los grupos de extrema derecha. Se incluye aquí asimismo toda la simbología asociada al bolsonarismo, como la señal de *arminha* (“armita”), la imitación de una pistola con la mano, omnipresente en eventos bolsonaristas. Con base en lo anterior, se podría hablar del crecimiento de una cultura de violencia, odio e intolerancia, perceptible en casi todos los contextos, alimentada por las redes sociales; parecerían haberse brutalizado también las relaciones humanas.

Sin llegar a suponer que la política bolsonarista se haya reducido a lo anterior, incluso si se entiende la política como espacio de debate (y embate) de intereses y proyectos sobre la vida en común, el gobierno de Bolsonaro correspondería a su mínima expresión, ya que los intereses que representaba explícitamente no pasaban, cuando mucho, de los más mezquinos particulares. En primer lugar, el interés privado de Bolsonaro y sus hijos no iba más allá de la defensa corrupta de sus beneficios materiales más privados y de evitar terminar en la cárcel, cosa por demás probable por sus innúmeras ilegalidades. En seguida, la defensa de los intereses puntuales de sus grupos de apoyo inmediato o de los grupos de políticos llamados *fisiológicos* (movidos para asegurar su propia supervivencia) al interior del Congreso brasileño. Su gobierno

estuvo especialmente marcado por propuestas cuyo único sentido era buscar o mantener el apoyo de dichas camarillas o de los grupos de presión variados que lo eligieron. Aquí entran, además de la manutención del apoyo del llamado *Centrão* (la masa *fisiológica* oportunista que supuestamente componía el centro político en el Congreso Nacional), la defensa de los intereses inmediatos de grupos económicos, religiosos o armamentistas que lo apoyaron (a saber, las milicias de Río de Janeiro, los grupos de extrema derecha que pedían la liberación de las armas y afines, y el fundamentalismo neopentecostal); la liberación de uso de agrotóxicos; o la flexibilización en la venta de armas así como la fundación de clubes de tiro. Por otro lado, entra también el combate, marcado por pronunciamientos abiertamente racistas y sexistas, a leyes y proyectos progresistas —como los derechos de comunidades de pueblos originarios o de *quilombolas* (moradores de antiguos *quilombos*, pueblos formados en siglos anteriores por exesclavos negros), o el derecho al aborto—.

Así, el bolsonarismo redujo la política, en primer lugar, a la violencia en sus diferentes matices y a la *politicagem* más baja, al mismo tiempo que intentó mantener, cínicamente, las apariencias de estar por arriba de la baja corrupción: “Por lo menos este no es ladrón”, decían sus seguidores. Ese sería el primer nivel, tal vez el más inmediatamente visible, de la despolítica bolsonarista.

#### LA POLÍTICA COMO ESPECTÁCULO PERMANENTE DE CONFRONTACIÓN MORAL

El segundo nivel de la despolítica bolsonarista corresponde al contenido de aquello en que se convierte una política reducida a su mínima expresión; en ese sentido, la despolítica bolsonarista se aproxima al fascismo.

En el gobierno de Bolsonaro la política fue sustituida por un espectáculo de confrontación moral permanente, tanto por parte del jefe del

Ejecutivo como del bolsonarismo, cuya mayor intención parece haber sido darle siempre a sus seguidores nuevos estímulos emocionales, al igual que distraer la atención del público de sus medidas dudosas o ilegalidades y de su falta de trabajo efectivo —hubo días en los que el presidente de la República no tenía ninguna actividad en su agenda—. Sus *lives* semanales en YouTube, retransmitidos por sus seguidores inmediatamente, y la saturación de las redes sociales con provocaciones, memes, *fake news* y otros elementos movilizadores de “reacciones”, son un ejemplo de ello. También sus apariciones públicas en vivo, aun durante y a pesar de la pandemia, tuvieron un carácter de espectacularización, lo que colaboró a promover una imagen del llamado “mito” capaz de confirmar la idea que sus apoyadores tenían de él: la de un hombre sencillo (desayuna lo que todos desayunan, come en la calle, habla de manera popular, frecuentemente grosera), tan poco afecto a lo intelectual como sus apoyadores, con las mismas expectativas y el mismo sentido del humor prejuicioso de todos ellos, y a su vez con suficiente fuerza, por su pasado militar y supuestamente deportista, para pasear en *jet ski* por las aguas de Brasilia o hacer ejercicio con militares. Posiblemente a causa de sus evidentes limitaciones de formación y su poca capacidad retórica (parte de la imagen de hombre “sencillo”), esos eventos por lo general no incluían discursos públicos. En lugar de ello, tenían un carácter fácilmente asociable con una reafirmación de su virilidad: sus *motociatas* (paseos colectivos, sobre todo masculinos, en motocicleta), o las escenas públicas en que hacía, si fuera posible con niños en los brazos, su símbolo de *arminha*, aludiendo así a la dureza contra el crimen, son las mejores imágenes de ello.

Por otro lado, el contenido de las manifestaciones, virtuales y concretas, con las que sus seguidores han buscado movilizar las redes a favor de Bolsonaro ha sido claramente aquel capaz de despertar la reacción visceral y el aplauso entusiasta, por medio de temas susceptibles de provocar la indignación moral inmediata y de alimentar el espectáculo y mantenerlo visible en las noticias. Gran parte de la presencia pública de

Bolsonaro se hizo a partir de cuestiones que podrían entenderse como morales, en el sentido amplio de lo relacionado con las costumbres o con cierta cultura de intolerancia, muchas veces difundidas al lado de acciones o propuestas del propio gobierno. Blanco central de la movilización bolsonarista fueron los movimientos sociales de identidades colectivas y todo lo asociado a éstas, pero también —ya desde la operación Lava Jato— la izquierda más histórica y su proyecto social (“*comunistas*”, “*petralhas*”). Además, eran objeto de sus ataques la prensa, las instituciones o eventos que se le opusieran y otros objetos reales o supuestos de indignación suyos: los daños causados por las “feminazis”, el programa Bolsa Família, los grupos LGBTQIA+, el aborto, exposiciones de arte consideradas inmorales, los derechos de la población afrobrasileña y de los pueblos originarios, las religiones de matriz africana. En gran parte, su contenido se basaba en *fake news* deliberadas: la perversión de la educación, la supuesta noticia de que el gobierno de izquierda de la ciudad de São Paulo habría intentado distribuir “*kits gay*” (material para llevar a los niños a la homosexualidad), la ocurrencia de orgías a base de drogas en las universidades públicas, además de la divulgación de informaciones anticientíficas sabidamente falsas durante la pandemia de covid-19, sobre la crisis climática y la Amazonia. De manera correspondiente, muchas de las acciones o propuestas del gobierno fueron en el sentido de reforzar lo que consideraba opuesto a todo ello: la promoción de tratamientos dudosos e ineficaces en lugar de la vacuna para la covid-19; la defensa reaccionaria del *homeschooling* y de las escuelas militarizadas; la obsesión con cuestiones de seguridad; el apoyo a (y de) el fundamentalismo evangélico, que pasó a realizar cultos en edificios públicos.

De hecho, es posible ver, entre la espectacularización y la indignación moral que la fomentaba, un círculo de retroalimentación recíproca en el que la exposición del “mito” y de sus simpatizantes se basaba en la movilización provocada por la indignación moral selectiva, a la vez que la movilización moral se alimentaba de la figura del “mito” —cuyo segundo nombre es, de hecho, *Messias*— y de la supuesta necesidad

de acabar con la izquierda, el feminismo, las identidades colectivas, la perversión escolar, la ciencia, etcétera.

Es interesante notar que esa imbricación entre espectáculo, movilización y confrontación moral no es sólo característica de la despolítica bolsonarista. Según investigaciones de la Teoría Crítica de la llamada Escuela de Frankfurt, ésta era una característica clara de la propaganda fascista del siglo XX. Como se sabe, más allá de las reflexiones filosóficas publicadas por Theodor W. Adorno y Max Horkheimer en la *Dialéctica de la Ilustración* en 1944, donde los horrores del nacionalsocialismo aparecían como resultado de las contradicciones de la racionalidad ilustrada y de una imbricación casi insoluble entre razón y mito (Horkheimer y Adorno, 2006), parte de los herederos de la Escuela de Frankfurt, en ese momento exiliada en Estados Unidos, realizó en los años cuarenta y cincuenta —junto con colegas estadounidenses— estudios de carácter más empírico sobre el antisemitismo y el tipo de personalidad susceptible de recaer en la manipulación fascista. Dichas investigaciones se publicaron en la obra *The Authoritarian Personality (La personalidad autoritaria)* (Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson y Sanford, 1950), y en otros escritos. Motivados por el riesgo que veían de una fascistización de Estados Unidos, estos autores estructuraron un método de investigación empírica, basado sobre todo en entrevistas, a través del cual buscaban identificar, con el apoyo del psicoanálisis, los tipos de personalidad más susceptibles de adherir a un movimiento fascista. Para ello, desarrollaron escalas con las cuales podían evaluar las reacciones de los entrevistados con determinados temas y así su propensión a apoyar ideologías fascistas. La más conocida de ellas era la Escala F (de fascismo).

Ahora bien, cualquiera que haya visto de cerca al bolsonarismo tendrá la impresión, al consultar la Escala F, de que pudo haber sido desarrollada para éste, y es que los autores incluyen entre los rasgos potencialmente fascistas: *la adhesión a valores convencionales de la clase media; la tendencia a buscar, juzgar, rechazar y castigar a personas que*

*se opongan a estos valores; la aserción exagerada de la fuerza y la dureza, destructividad y cinismo; o cierta preocupación desmedida con eventos de carácter sexual, entre otros.*<sup>4</sup>

Más cercanas a nuestro tema que el estudio de los aspectos psicosociales del fascista en potencia son las descripciones de la propaganda fascista, publicadas también por Adorno en otros de sus escritos sociológicos (Adorno, 1990; 1996). Según Adorno, en la agitación fascista estadounidense de los años cuarenta y cincuenta eran perceptibles rasgos muy similares a los que se habían notado en la propaganda nazi alemana de los años treinta, a pesar de diferencias contextuales: la movilización basada en la indignación selectiva; la presentación del líder como un hombre del pueblo, que diga lo que [sus seguidores] querrían decir, pero, o bien no pueden, o no se atreven a decir (Adorno, 1990, 402) —por ejemplo, con relación a los judíos—; el antiintelectualismo; la religión usada para fines de violencia; el carácter burdo de los motivos de la indignación, incluyendo el uso de lo que hoy llamaríamos *fake news* o de los aspectos que daban lugar a una identificación con el líder; la espectacularización marcada por discursos públicos sin argumentación clara —Adorno habla de un *flujo organizado de ideas*—; o eventos públicos de carácter casi ritualístico (Adorno, 1990, 405, ver arriba).

Pero si impresionan esas coincidencias, llama aún más la atención el hecho de que ya en el fascismo de décadas anteriores toda la movilización se hiciera a partir de temas ajenos a cuestiones verdaderamente relevantes desde el punto de vista político —lo que coincide con la constatación de Adorno, hecha también a partir de las entrevistas, sobre la baja consciencia de los entrevistados acerca de temas propiamente políticos y económicos (Adorno, 1996)—. Se trataba, y se trata en la despolítica bolsonarista, de la reducción de la política a conte-

<sup>4</sup> Véase la escala completa en Adorno (1996, 194). Los volúmenes 8 (Adorno, 1990) y 9 (Adorno, 1996) de los *Gesammelte Schriften* contienen sus textos sociológicos. En el volumen 9 se encuentra la parte de la investigación colectiva *The Authoritarian Personality* escrita por Adorno (las partes redactadas por los demás autores no se incluyeron en esa edición).

nidos capaces de movilizar por una aversión visceral y por el apelo emocional de la espectacularización.

### LA POLÍTICA COMO CONFLICTO EXISTENCIAL AMIGO/ENEMIGO

El tercer aspecto de la despolítica bolsonarista está vinculado a los dos anteriores y se refiere a la forma que la espectacularización bolsonarista asumía, en la medida en que se basaba en el combate a ciertas formas de vida o ideas. Por ejemplo, la indignación bolsonarista dirigida a los contenidos morales y culturales que no eran los suyos no se hacía de manera racional, sino con una especie de visceralidad que transformaba al feminismo, los grupos étnicos, religiosos y culturales, la izquierda de los derechos sociales, y tantos otros, en enemigos mortales, muchas veces, literalmente. Y aquí, de hecho, se llega a un sentido en el que la despolítica bolsonarista se puede entender, a pesar de todo, como una forma política, aunque no en el sentido que se asocia al contenido normativo al que la política alude en la modernidad, sino en el sentido que el jurista alemán Carl Schmitt (2015) llamó de “lo político”.

Schmitt desarrolló en su obra una concepción de la política que la regresa de las nociones modernas de soberanía popular a una idea previa que la relaciona con la arbitrariedad de un soberano. Posiblemente en ese sentido, único heredero directo de Thomas Hobbes, Schmitt entiende la soberanía como el ejercicio del poder del soberano, visto aquí como aquel que detenta el poder de definir qué es y qué no es el derecho, o, particularmente relevante para él, de suspenderlo, es decir, soberano es aquél que decide sobre el estado de excepción (Schmitt, 2015, 54).

No nos confundamos: la concepción de Schmitt no tiene ninguna pretensión normativa. En una crítica al liberalismo que se puede leer de diferentes maneras, ésta se entiende como realista, en el sentido de que describe a qué, en el fondo, se reduce la política y a qué se reduce

el derecho: el derecho es lo que defina el soberano, aquél que puede decidir sobre su vigencia o no, es decir, el derecho es de quien ejerza el poder soberano, el derecho del más fuerte. *Auctoritas non veritas facit legem*, dice Schmitt (2015, 122), citando a Hobbes en una nota.

De acuerdo con el peso dado a la arbitrariedad del soberano sobre su punto de partida, lo político se reduce, para Schmitt, a un conflicto sin contenido: la distinción amigo/enemigo. Aquí Schmitt entiende la sociedad como si estuviese cortada por una serie de conflictos definidos por contraposiciones económicas, estéticas, morales, etc., además del conflicto propiamente político determinado por la oposición amigo/enemigo. Todo esto puede servir de contenido a una definición de amigo/enemigo: la contraposición útil/inútil, bello/feo, bueno/malo, rico/pobre (Schmitt, 2015, 25). Pero para Schmitt, el conflicto amigo/enemigo es el único que puede adquirir un carácter *existencial*, es decir, capaz de llevar a las últimas consecuencias: en el límite, a la guerra (Schmitt, 2015, 20). El espacio homogéneo de los amigos, y no una forma de gobierno popular, es lo que Schmitt (2015, 24) entiende como *democracia*. No por azar, estuvo directamente vinculado al nacionalsocialismo.

No es difícil reconocer en la descripción de Schmitt el carácter que adquiere la política en el contexto del bolsonarismo. Entrecruzando su definición con la tradición patrimonialista brasileña de “a los amigos todo, a los enemigos, la ley”, volvemos a encontrar aquí la baja política de los intereses particulares mezquinos y la guerra moral, transformada en cuestión de vida o muerte (tanto por Bolsonaro como por sus seguidores). En el caso del bolsonarismo, son especialmente las cuestiones morales, de costumbres o de formas de vida, pero también de opinión y gusto, las que se transforman en aversiones y odios que piden el exterminio de lo distinto a uno mismo y sus “amigos”: los malos son las feministas, los gays, los izquierdistas, los negros, etc., etc. No es casual que se hayan asociado tantos asesinatos de líderes sociales a seguidores del bolsonarismo —para empezar, por el de la concejala de Río de

Janeiro, Marielle Franco, aún antes de su elección—<sup>5</sup> y tampoco es casualidad que el gobierno de Bolsonaro esté directamente vinculado, por lo menos, a dos eventos que no es exagerado clasificar como genocidios: sus acciones en la pandemia de covid-19 y las omisiones deliberadas de su parte y de su gobierno en contra del pueblo Yanomami. La naturalización de la arbitrariedad, la autoridad entendida en su sentido crudo sobre aquel que ejerce el poder y que no tiene que dar cuentas a nadie; todo ello está presente de manera inmediata en el bolsonarismo.

Así, este tercer nivel de la despolítica se refiere al modo de confrontación moral que los contenidos bolsonaristas asumen: la forma de conflicto existencial capaz de llegar a una guerra basada en la distinción amigo/enemigo, la oposición a lo que sea diferente a lo que se entiende por “amigos”. Así, la despolítica bolsonarista minimiza la política a “lo político” schmittiano: la reduce no sólo a una confrontación de contenidos morales, sino también a una guerra que pide el exterminio de todo lo “malo”. Éste es, por lo tanto, un aspecto más en el que el bolsonarismo coincide con el fascismo.

#### CONSIDERACIONES FINALES: PARA LA CRÍTICA DE LA DESPOLÍTICA BOLSONARISTA

Si nuestra interpretación es correcta, el bolsonarismo despolitiza el debate público reduciéndolo, primero, a la violencia y a la *politicagem* más baja, pero también, y sobre todo, a un espectáculo de confrontación moral de carácter, al menos para algunos, existencial: una guerra más o menos explícita en contra de “lo malo”, si no es que —más cercano al

<sup>5</sup> Marielle Franco fue asesinada el 14 de marzo de 2018, en un atentado que todavía no ha sido plenamente aclarado, pero cuyas mayores sospechas recaen en representantes del bolsonarismo.

fundamentalismo religioso que lo apoya— del Mal. Pero es posible que la despolitización que aquí describimos no se limite a esos aspectos presentes en el mismo bolsonarismo, sino que se pueda notar también en parte de los intentos de crítica contra él, como si el debate público, como un todo, pudiera reducirse a una confrontación de concepciones morales y culturales.

Es verdad que nuestra tesis que aquí se expone sobre la despolítica bolsonarista debe ser matizada. Por un lado, es claro que el debate público no se extinguió completamente durante el gobierno de Bolsonaro: siguió existiendo, por parte de partidos y movimientos sociales de la oposición, debate interno y tentativas de debate externo. Pieza importante de la reacción más viva contra este gobierno se originó, por ejemplo, del movimiento feminista, que ya antes de las elecciones presidenciales había enfrentado a Bolsonaro, con el movimiento #EleNão (“Él no”). La resistencia también provino de movimientos de defensa de las culturas indígenas y de las religiones de matriz africana que se opusieron a la discriminación y a la pérdida de derechos; además del Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST), en la lucha por la reforma agraria, y del Movimiento de los Trabajadores sin Techo (MTST), que se dedica a la lucha por habitación en los centros urbanos.

Sin embargo, después de la operación Lava Jato y de la elección de Bolsonaro, el contexto político no permitía realizar grandes proyectos. La oposición se encontraba demasiado presionada por la derecha neoliberal del PSDB (que cerraba los ojos a lo que pasaba), y por el lavajatismo y el apoyo del *Centrão* a Bolsonaro para poder contraponerse. Sobre todo, la oposición que posiblemente habría sido la más relevante (la del PT), apenas se iba recuperando de la espectacularización anterior que había abierto camino al gobierno de Bolsonaro —la Lava Jato, el golpe contra Dilma Rousseff, la prisión de Luiz Inácio Lula da Silva—. Además, la movilización pública se vio interrumpida por la pandemia de covid-19. Frente a ello, no fue posible a la oposición mucho más que reaccionar puntualmente a cada medida o escándalo, y apostar

a la responsabilidad poco ejercida de los otros dos poderes de la República. Incluso los intentos de los movimientos sociales para enfrentarlo directamente parecían lograr poco. Por más politizados que fueran los temas de esos movimientos, en el sentido feminista de que “lo privado es político”, no parece haber sido posible avanzar en términos de una discusión relevante sobre proyectos colectivos mientras Bolsonaro estuvo en el gobierno.

Pero, además de ello, es posible que uno de los focos de la despolitización del debate público se encuentre en otro aspecto del debate reciente. Parte importante de las interpretaciones del bolsonarismo lo remiten a las cuestiones morales y culturales que él mismo pone en el centro del debate, pero que supuestamente ya estaban latentes: en esos contenidos, la (extrema)derecha, que siempre habría estado presente en la sociedad brasileña (o tal vez en el mundo), habría salido del clóset con el bolsonarismo. Pero si el bolsonarismo redujo la política, en el límite, a una guerra de exterminio con contenidos morales, la interpretación del bolsonarismo como resultante directo, sobre todo de tales contenidos, corre el riesgo, al jugar siempre en el campo previamente definido por el adversario, de recaer también a su vez en la despolítica.

Es evidente que el bolsonarismo se apoya *también* en un caldo de cultivo conservador, presente en la historia de Brasil (y del mundo). Es ya casi un lugar común de los análisis de las causas tanto del gobierno de Bolsonaro como del bolsonarismo la asociación de su elección con elementos de cierta visión de mundo vigente desde siempre en la cultura brasileña.<sup>6</sup> De acuerdo con la línea general de esas interpretaciones, la postura política que dio lugar a la elección de Bolsonaro y sus aspectos explícitamente antidemocráticos tendría su origen en un autoritarismo de fondo, resultado de una sociedad brasileña de fundación colo-

<sup>6</sup> Ese análisis se inscribe en un contexto de interpretaciones más amplias que han buscado mostrar las raíces del autoritarismo brasileño en el pasado colonial y esclavista; véase por ejemplo, Souza (2019).

nial, reafirmada a lo largo de su historia. Según esos análisis, la historia del país estaría marcada por la arbitrariedad y la violencia, cuyo origen se localizaría en la colonización y en el largo pasado esclavista del país, y —en la historia reciente— en la ausencia de esfuerzos de reflexión, crítica y superación de la dictadura militar (1964-1985) y de enjuiciamiento de sus culpables. Habrían colaborado a dar lugar a la cultura de autoritarismo y odio presente en el bolsonarismo: la permanencia de prejuicios recurrentes en el pasado del país (pero que siguen indubitablemente vivos, como el autoritarismo mismo), el racismo originario de la esclavitud, una estructura social jerárquica, injusta y premoderna, el sexismo y las concepciones rígidas de género de una sociedad patriarcal, las tendencias verticales en la educación y mucho más.

Por otro lado, es evidente también que la elección de Bolsonaro encaja perfectamente en el contexto de crecimiento de la extrema derecha en el mundo, con la cual —por ejemplo, a través de Steve Bannon y el gobierno de Trump en Estados Unidos— tuvo contactos directos. En ese sentido, el bolsonarismo haría parte de un proyecto más amplio, heredero, evidentemente, de los fascismos del siglo XX —lo que de hecho ya se notaba, como vimos, en sus paralelos con esos movimientos—. Es de igual modo innegable que el bolsonarismo reproduce, no sólo inconscientemente, parte importante de las ideas y prejuicios presentes también en la extrema derecha actual estadounidense (y europea). Aunque no siempre los objetos de esos prejuicios sean exactamente los mismos, ambos tienen en común un rechazo por lo general violento al surgimiento de demandas y luchas por derechos de nuevos y viejos movimientos sociales, generalmente asociados, sobre todo en aquel contexto, a cierto liberalismo de izquierda (aunque la posición frente al liberalismo económico suele oscilar) y a políticas vinculadas con el reconocimiento de identidades culturales. Asimismo, es notable la oposición de ambos a todo lo que parezca pertenecer a un programa de la izquierda más tradicional, es decir, de aquella que partía de la defensa de los derechos sociales (el “comunismo”, el “petismo”). Además,

es característica también de ambos una postura antidemocrática, autoritaria en diferentes ámbitos de la sociedad, el patriotismo nacionalista, el anticientificismo y la difusión de teorías conspiratorias, la preocupación por la seguridad y la defensa de la liberación de armas, una relación con el fundamentalismo religioso, entre otros aspectos.

Sin embargo, la reducción del bolsonarismo —y tal vez también del crecimiento de la extrema derecha en el mundo— a cuestiones de prejuicios atávicos y a un conservadurismo latente podría ser un error. En el caso de Brasil, la tentación de querer encontrar en el bolsonarismo, dado el origen autoritario del país, una tendencia casi innata a adherir a ese tipo de visión de mundo en la población brasileña es grande, y seguramente hay mucho de verdad en esa interpretación. No obstante, ésta no explica por qué dicha tendencia ha aparecido de esa manera tan violenta en *este* momento de la historia de Brasil, ni por qué el surgimiento del bolsonarismo en Brasil ocurre en la misma época que el crecimiento de movimientos fascistas en otros países, con historias completamente distintas entre ellos, sin pasado colonial, esclavitud o dictaduras recientes; incluso, por lo menos en principio, con tradición democrática.

Más promisorios parecen ser los paralelos con el crecimiento reciente del fascismo y de la extrema derecha en general en el mundo, en las similitudes que ya indicamos. Pero inclusive en ese caso no basta con explicar la coincidencia de ideas y formas de movimiento, ni con la remisión de aquellos movimientos a un pasado fascista y la constatación de regresiones, idiosincrasias y prejuicios atávicos: no es que los brasileños “sean” racistas, conservadores, religiosos (o que los estadounidenses “sean” armamentistas, o que a los europeos “no les gusten” los árabes o los judíos). Hay que explicar *por qué* la “raza”, el conservadurismo político, el fundamentalismo religioso pasaron a tener, de repente, una relevancia que, por lo menos públicamente, no tenían: ¿qué es lo que provoca que *ese* ideario tenga *esa* relevancia en *este* momento?

Lo primero que habría que hacer para poder superar el bolsonarismo (y posiblemente el fascismo en general) sería repolitizar el debate público saliendo de la confrontación amigos/enemigos y de las concepciones morales y culturales que le sirven de contenido para buscar sus causas. Está claro que esa explicación no tiene nada de sencillo; no tenemos la pretensión de resolverla en estos párrafos. Una explicación plausible debe incluir tanto la investigación de lo que lleva a que estos movimientos tengan tal grado de adhesión popular, como el análisis de cómo se sostienen y quiénes los sostienen, promueven, impulsan y toleran. Esto seguramente exigiría ir más allá de las cuestiones morales y culturales, al tener que identificar los proyectos de sociedad, los intereses y contradicciones detrás de ellos.

En sus escritos, Adorno sugería buscar las causas de la adhesión al fascismo en el individuo tanto a partir del psicoanálisis, en la estructura psicológica de individuos potencialmente fascistas (variaciones de la “personalidad autoritaria”) (Adorno, 1996), como en causas sociales y económicas, aunque indirectas (como la sensación de pérdida de estatus social en ciertas capas que se entendían como burguesas) (Adorno, 2019, 10). Y, por otro lado, insistía en la necesidad de plantear, para los movimientos fascistas, la pregunta: *cui bono*, es decir, ¿a quién sirve esto? (Adorno, 1990, 466). En este caso, lo anterior nos llevaría a las cuestiones sociales y económicas que la reducción a lo moral y lo cultural operada por el bolsonarismo tiende a encubrir, por ejemplo, a la identificación de sus grandes intereses por detrás de los mezcquinos: el agronegocio, el extractivismo, pero también las finanzas; en suma, los intereses de “el mercado” como un todo. Ni el bolsonarismo ni los demás movimientos de extrema derecha se podrían reducir unilateralmente a estos intereses particulares; sin embargo, es posible que sólo a partir de ahí sea factible explicar por qué *estas* ideas pasaron a tener, en *este* momento, relevancia suficiente como para tomar gobiernos y conquistar multitudes. Repolitizar el debate en la crítica exige evitar recaer en la despolitización que el bolsonarismo mismo provoca.

FUENTES

- Adorno, Theodor W. *Aspekte des neuen Rechtsradikalismus*. Berlín: Suhrkamp, 2019.
- Adorno, Theodor W. *The Authoritarian Personality*, en *Gesammelte Schriften*, vol. 9. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1996, 149-508.
- Adorno, Theodor W. *Gesammelte Schriften*, vol. 8. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1990.
- Adorno, Theodor. W., Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y Nevitt Sanford. *The Authoritarian Personality*. Nueva York: Harper & Brothers, 1950.
- Aristóteles. *Política*, Manuela García Valdés (introd., trad. y notas). Madrid: Gredos, 1988.
- Aristóteles. *Ética nicomáquea. Ética eudemia*, Emilio Lledó Íñigo (introd.), Julio Pallí Bonet (trad. y notas). Madrid: Gredos, 1985.
- Horkheimer, Max y T. W. Adorno. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Juan José Sánchez (trad.). Madrid: Trotta, 2006.
- Nobre, Marcos. *Limites da democracia: de junho de 2013 ao governo Bolsonaro*. São Paulo: Todavía, 2022.
- Schmitt, Carl. *Der Begriff des Politischen. Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien*. Berlín: Duncker & Humblot, 2015.
- Singer, André. *O Lulismo em crise: um quebra-cabeça do período Dilma (2011-2016)*. São Paulo: Companhia das Letras, 2018.
- Singer, André. *Os sentidos do Lulismo: reforma gradual e pacto conservador*. São Paulo: Companhia das Letras, 2012.
- Singer, André e Isabel Loureiro (orgs.). *As contradições do Lulismo: A que ponto chegamos?* São Paulo: Biotempo, 2016.
- Souza, Jessé. *A elite do atraso. Da escravidão a Bolsonaro*. São Paulo: Leya, 2019.